

La recepción del orientalismo en España a través de la mirada de un arqueólogo: José Ramón Mélida Alinari (1873-1936)

The reception of Orientalism in Spain through an archaeological lens: José Ramón Mélida Alinari (1873-1936)

Daniel Casado Rigalt – Universidad a Distancia de Madrid
daniel.casado@udima.es – <https://orcid.org/0000-0002-7463-057X>

[El presente artículo analiza la proyección e influencia del orientalismo decimonónico sobre la arqueología española, a partir del estudio de uno de los arqueólogos más representativos del período comprendido entre 1873 y 1936: José Ramón Mélida. Su trayectoria es fiel reflejo de patrones epistemológicos y paradigmas en curso que condicionaron sus interpretaciones.]

Palabras clave: orientalismo, José Ramón Mélida, historia de la arqueología.

[This research paper analyzes the projection and influence of nineteenth-century orientalism on Spanish Archaeology, based on the study of one of the most representative archaeologists of the period between 1873 and 1936: José Ramón Mélida. His career is a true reflection of epistemological patterns and ongoing paradigms that conditioned his interpretations.]

Keywords: Orientalism, José Ramón Mélida, history of Archaeology.

1. *Introducción y antecedentes históricos*

Desde que Edward Said publicó “Orientalismo” en 1978, la obra – abonada a la reedición desde entonces – se ha convertido en referente indiscutible para eruditos e investigadores interesados en cuestiones políticas, religiosas e histórico-arqueológicas orientales. Said se propuso descodificar las verdaderas intenciones que escondían los llamados “orientalistas”. El reputado activista palestino-estadounidense denunció el excesivo peso que los estereotipos habían ejercido sobre Oriente desde, al menos, el siglo XVIII. A su juicio, el orientalismo es una creación de Occidente, a partir de la cual la perspectiva occidental desvirtúa los rasgos esenciales de la cultura oriental, trasladando imágenes equívocas y parciales que acababan convertidas en “*sesgo recurrente dentro de las sociedades occidentales*” (Donzé-Magnier 2017: 1). En cierto modo, Said sostiene que el orientalismo ha ido construyendo su propio relato al calor de “*instituciones de apoyo, vocabulario, erudición, imagería, doctrinas, incluso burocracias coloniales y estilo colonial*” (Said 1978: 30). En su opinión, literatos, historiadores y artistas crearon una nueva y deformada conciencia oriental que él trató de depurar recurriendo al paradigma poscolonialista (Said 1978; Said 2002).

A día de hoy, nadie ha logrado tal nivel de análisis, profundidad y cuestionamiento, sobre todo en el ámbito literario, geopolítico, histórico y religioso (Donzé-Magnier 2017: 6-7; Domínguez Monedero 2001: 186) más allá de visiones y revisiones actualizadas (Pouillon y Vatin 2015). Said consagró gran parte de su obra a derribar tópicos y derrocar clichés. Desmitificó la historiografía occidental, denunciando que gran parte de los postulados que nutren ese pretendido “orientalismo” no son sino un conglomerado de conveniencias estereotipadas, nacidas del imperialismo occidental – especialmente anglo-francés – en connivencia con las oligarquías locales.

Sin embargo, el orientalismo no es un fenómeno lineal y previsible. La percepción de “lo oriental” en Occidente ha experimentado cambios a lo largo de los siglos. Durante la Edad Media, se consideraba Próximo Oriente como cuna de la humanidad; y parte de la sociedad europea recurrió a la tradición bíblica para darle sentido al mundo, lo que alentó las peregrinaciones a Tierra Santa (Rubio 2001: 82) y los relatos de viajeros medievales (Córdoba y Pérez Díe 2006: 33-71; Córdoba 2001a: 59). Fieles, estudiosos, eruditos y aficionados europeos adoptaron distintas actitudes ante el acervo cultural y religioso de los países orientales, evolucionando desde la consideración de enemigo durante el Renacimiento (Said 2002: 166) hasta visiones algo más imparciales en posteriores centurias.

Durante los siglos XVI y XVII se sucedieron los viajes a Oriente (Córdoba y Pérez Díe 2006: 71-105); y un siglo más tarde, en el XVIII, algunos escritores se prodigaron en el género de los llamados “viajes ficticios” (Olmos y Tortosa 2012: 249-250), sobre los que volveremos más adelante. Durante el “Siglo de las Luces” surgieron, además, las primeras dudas sobre la fiabilidad histórica de la Biblia (Rubio 2001: 84) y aparecieron las primeras valoraciones positivas de las fuentes orientales como documentos históricos alternativos, en un marco historicista que se iba desarrollando poco a poco antes de eclosionar décadas más tarde (Said 2002: 166-167). Aunque el etnocentrismo seguía presidiendo la producción orientalista europea – en un contexto de influencia otomana en Europa (Escribano 2003: 79; Nieto: 7) – ésta alternó elementos de “*expansión, confrontación histórica, simpatía y clasificación*” (Said 2002: 169) en lo que sería la antesala del “orientalismo moderno”, tal como lo bautizó Said. Incluso algunos filósofos del XVIII – como Diderot, Montesquieu, y Voltaire – participaron de cierto interés por lo oriental (Nieto: 8).

En el transcurso de la primera mitad del siglo XIX se produjo en Europa una “*verdadera epidemia de ‘Orientalia’*” (Said 2002: 83) que aumentó el volumen de estudios y publicaciones relacionadas con numismática, antropología, arqueología, sociología, economía, historia o literatura.¹ Tal producción se vio condicionada por las actitudes románticas del momento – exacerbación sentimental, originalidad y nostalgia por lo lejano y desconocido – y los rasgos liberal-burgueses que teñían el arte, la literatura o la música (Córdoba 2005b: 748).

En el ámbito arqueológico, muchos autores consideran la campaña de Napoléon en Siria y Egipto (especialmente esta última) como el primer marco de estudio experimental y temprano episodio sostenido de orientalismo científico, no exento de componentes de colonialismo cultural y latrocinio arqueológico (Domínguez Monedero 2001: 187; Díaz-Andreu 2007). A pesar del carácter descriptivo-pictórico (Meulenaere 2001) de buena parte de los trabajos llevados a cabo por *L’Institut d’Égypte* y los expedicionarios y dotaciones académicas que acompañaron a las tropas napoleónicas entre 1798 y 1801 (Said 2002: 119-126; Gil Paneque 2001: 337; Vercoutter 1997: 54-110), la iniciativa del general corso sentó las bases del orientalismo moderno, desarrollado en décadas sucesivas.

1. Se estima que entre 1800 y 1950 fueron publicados cerca de 60.000 libros de temática próximo oriental.

Tras la campaña de Napoleón en Siria y Egipto, se impuso una nueva conciencia en el tratamiento de las cuestiones orientales, en la que el lenguaje cambiaría de forma radical para ir dejando atrás el realismo descriptivo (Said 2002: 128). De ahí que el siglo XIX sea considerada la centuria de apogeo orientalista por antonomasia (Mc Geough 2015). Desde entonces, un sector de la erudición occidental mostraría un interés creciente por temáticas orientalistas en medio de una alta exposición a corrientes y movimientos como el imperialismo, positivismo, historicismo, darwinismo, racismo, psicoanálisis, marxismo y teorías de Spengler (Said 2002: 72).

En las primeras décadas del siglo XIX, las cuestiones orientales fueron reformuladas, tras varios siglos en los que Oriente era “*una idea que rebasaba los límites del conocimiento empírico que se tenía sobre él*” (Said 2002: 88). A la tradicional fascinación que despertaba en Europa “lo oriental” – concebido como un mundo impenetrable de leyendas, mitologías ocultas y exuberancia desbordante – se sumaba ahora el interés del estamento académico europeo. Las nuevas generaciones de eruditos (especialmente ingleses, franceses y alemanes) habrían de convivir aún con viajeros, exploradores, escritores, artistas y religiosos cautivados por el pasado bíblico de Oriente (Rubio 2001: 82-85; Mc Geough 2015: 109-115) pero ya sin el monopolio temático de “sugestión bíblica” de anteriores siglos. La amplia producción orientalista decimonónica se fue valiendo de las experiencias transmitidas por los libros de viajes, las utopías imaginarias y los relatos científicos que venían sedimentándose en el imaginario colectivo.

En el plano institucional el XIX fue, sin duda, el siglo de eclosión orientalista en Europa. No obstante, esta corriente o moda por “lo oriental” no debe atribuirse a un acercamiento espontáneo nacido del mero interés histórico-cultural. El orientalismo de corte decimonómico había dejado de ser un discurso erudito “*para convertirse en una institución imperial*” (Said 2002: 138) de marcado sesgo supremacista-etnocentrista (Gil 2001: 339). Más allá del entusiasmo científico, erudito y humanista de quienes lideraron los estudios, lo cierto es que el patrimonio histórico arqueológico del Próximo Oriente llegó a ser concebido, por los ideólogos europeos, como un instrumento más de colonización (Ibáñez 2015: 295). La moda oriental contó además con las delegaciones diplomáticas como estamento “diletante” que ejerció de avanzadilla en el conocimiento directo de ciudades, paisajes y yacimientos arqueológicos; sobre todo desde la apertura del consulado inglés en Bagdad en 1808 (Rubio 2001: 86).

Uno de los factores que impulsó el interés por Oriente fue la proliferación de sociedades culturales y científicas desde la década de 1820², especialmente las promovidas en Francia (*Société Asiatique*) e Inglaterra (*Royal Asiatic Society*).² Algunas universidades europeas vieron crecer el número de cátedras de estudios orientales, con sus consiguientes especialidades; y no tardaron en surgir publicaciones – la alemana “*Fundgraven des Orients*” fue la primera, en 1809 – que promovieron la difusión de temáticas orientalistas (Said 2002: 73) en un entorno de creciente actividad editorial. El carácter casi exclusivamente textual (literario y filológico) de los estudios orientalistas desde el Renacimiento comenzó a ser superado en el siglo XIX. La actividad desarrollada por geógrafos y arqueólogos (Córdoba 2001a: 60-70; García Sánchez 2014: 159-196) dinamizó los estudios orientales en universidades y sociedades científicas (Said 2002: 143; Molinero 2004: 29) en un contexto en el que el nacimiento y posterior eclosión de la fotografía, a mediados del XIX, sirvió para tridimensionar el conocimiento que hasta entonces se tenía del patrimonio histórico-arqueológico

2. La incorporación de Estados Unidos fue algo más tardía, con la fundación de la “*American Oriental Society*” en 1842.

oriental (González Reyero 2007). Silvestre de Sacy (1758-1838) y Ernst Renan (1823-1892) representan las dos primeras generaciones de orientalismo académico, aquel que trascendía el “*testimonio personal o el impresionismo subjetivo*” (Said 2002: 260) de los tres siglos previos. Ambos alentaron los estudios a lo largo del XIX y ejercieron de autoridades intelectuales desde el ámbito filológico-arqueológico al tiempo que se iba propagando el interés entre discípulos y estudiantes (Said 2002: 175-184). Tanto es así que a mediados del XIX las más reputadas universidades europeas ofertaban cursos completos sobre temáticas orientalistas. Por otra parte, gobiernos y sociedades científicas ofrecían becas que promovían los viajes a Oriente y sus consiguientes publicaciones bajo los auspicios de sociedades eruditas o fundaciones (Said 2002: 260).

En términos comparativos, la producción orientalista fue muy desigual en el entorno europeo. El protagonismo recayó especialmente sobre Francia e Inglaterra (en menor medida, Alemania), los mismos países que se encontraban entonces en plena expansión colonial y cuyo precoz interés se centró en cuestiones asiriológicas (Bohrer 1998). En el caso español, la recepción del orientalismo ha sido difusa. Desde que en la segunda mitad del siglo XII Benjamín de Tudela (Escribano 2001: 111; Córdoba 2001b: 2-3; Magdalena 2006) viajara a Oriente, su ejemplo sirvió de estímulo, en las centurias siguientes, a un buen número de peregrinos, estudiosos y curiosos que se vieron atrapados por el embrujo que destilaba su historia y los paisajes próximo-orientales, entre la Edad Media y el siglo XVIII (Córdoba y Pérez Díe 2006: 23-122).

Meritorios relatos como el de Ruy González de Clavijo (Córdoba 2001b: 3; López Estrada 2006) durante el siglo XV; o el de García de Silva y Figueroa (Córdoba 2001b: 2; Córdoba 2006a) – tras su viaje a Irán en las primeras décadas del siglo XVII – constituyen algunos de los testimonios más destacados hasta el período ilustrado. En muchos de los casos, los estudiosos españoles conocieron detalles de Oriente a partir de relatos traducidos del inglés o el francés.

De alguna manera, la visión de Oriente que circuló en la España ilustrada estaba condicionada por arquetipos literarios forjados en Francia y, en menor medida, Inglaterra. Buen ejemplo es *Las mil y una noches*, publicada por vez primera en 1704 por Antoine Galland, que no hizo sino adaptar una recopilación de cuentos persas cuya versión expurgó de adulterios y hechos de sangre. Todo un clásico de la literatura inspirada en Oriente a través de la cual se trasladaba un conocimiento ameno y exótico demandado por el imaginario occidental (Nieto: 7) y que revelaba las dinámicas historicistas estiladas entonces (Said 2002: 167).

Muchos relatos habían sido publicados por escritores galos que convirtieron el “viaje ficticio” en un género literario durante el siglo XVII y especialmente en el XVIII (Olmos y Tortosa 2012: 250). En ellos, las experiencias imaginarias y oníricas eran conducidas por autores que recreaban escenarios idílicos y paisajes soñados (Said 2002: 91-109). A medida que aumentaban las expediciones y los contactos coloniales, durante el siglo XIX, los viajes reales fueron alternando con las utopías imaginarias, que todavía habrían de contar con importantes exponentes decimonónicos como los franceses Nerval y Flaubert. Este último convirtió la ficción en una fuente de transmisión de aprendizaje, que le llevó a despreciar el saber enciclopédico de la Ilustración, hasta el punto de ridiculizar “*la alegre indiferencia de la ciencia hacia la realidad*” (Said 2002: 164). Flaubert cultivó una suerte de “*escapismo geográfico*”, concebido a modo de desafío epistemológico, en el que incorporó lo arqueológico como coartada literaria; y en el que Oriente ejerció de escenario de *déjà vu* al que se volvía – metafóricamente hablando – tras un viaje real, que en los casos de Flaubert y Nerval aconteció en la década de 1840’ (Said 2002: 246-247; Prados 2001: 69-70).

Aunque con una producción más modesta, respecto a las potencias europeas, comenzaron a ver la luz relatos de viajeros españoles a lo largo del siglo XVIII (Escribano 2003: 62-65; Rubio 2001: 81;

Córdoba 2001a: 59; Córdoba 2006b). En un contexto de repliegue militar otomano, pacificación turco-europea y expansión francesa, las expediciones y embajadas comenzaban a extender sus tentáculos en el país que abría las puertas del territorio oriental: Turquía. El viaje de Gabriel de Aristizábal a Constantinopla en 1784 (Escribano 2003: 62-65; Martín Corrales 2002: 263) ejemplifica la progresiva normalización de las relaciones españolas con los otomanos entre la segunda mitad del XVIII y los últimos años del XIX (Martín Corrales 2002: 254-256). Lo cierto es que “lo oriental” había prendido en Occidente gracias a la presencia otomana en la Europa oriental (Balcanes, Grecia, Bulgaria, etc.) y a la mejora de las relaciones internacionales entre otomanos y potencias europeas tras la expulsión de los turcos de Hungría en 1699.

A pesar de que los relatos de viajeros españoles a Oriente y Grecia fueron considerablemente inferiores a los ingleses y franceses (Córdoba 2005b: 748), durante el XIX, la fascinación por Oriente alentó un buen número de expediciones (García-Romeral 1955). Durante las tres primeras décadas del XIX fueron pocos los viajeros españoles que se aventuraron a cruzar el mediterráneo rumbo a Oriente, pero a partir de las décadas de 1840’ y 1850’ – y especialmente desde la inauguración del canal de Suez en 1869 – se multiplicaron las expediciones a Próximo Oriente (Olmos y Tortosa 2012: 252). Los viajeros de entonces no siempre eran meros cronistas u observadores que procedían con dinámica erudita. Algunos trataban de convertir su experiencia en una aventura exótica a medio camino entre lo sensorial y lo evocador. Con el “mito de Oriente” como telón de fondo, buscaban la distinción social en sintonía con las aspiraciones burguesas de entonces y Oriente se presentaba como el destino ideal en el que proyectar esos anhelos.

2. *Orientalismo decimonónico. Recepción en España*

Conviene recordar que las primeras décadas del XIX no fueron fáciles para España. La Guerra de la Independencia (1808-1814) y el resultante pulso entre absolutistas y liberales sumieron al país en la inestabilidad mientras el resto de Europa gozaba de la prosperidad y equilibrio proporcionados por la política de Metternich entre 1815 y 1848. Y aunque el gobierno de Isabel II (1833-1868) había comenzado a abrir consulados en las provincias del imperio otomano, nuestro país no se implicó en la “cuestión oriental” (Olmo 2012: 150; Mederos 2013: 204-208) en la misma medida que ingleses o franceses a pesar de que nuestro pasado nos predisponía al acercamiento islámico y la cultura popular española estaba impregnada por la presencia musulmana en la península (Córdoba 2005a: XVII). Resulta revelador, y demoledor, que uno de los más reputados especialistas en orientalismo – el ya citado Edward Said, quizás el investigador que mejor ha penetrado la percepción europea sobre oriente desde el renacimiento – no cite ni un solo autor o investigador español de entre aquellos que tuvo en cuenta a la hora de medir la contribución al orientalismo en el período 1850-1930 (Said 2002: 161-271). Tal circunstancia se ve reforzada por el hecho de que entre los nutrientes bibliográficos a los que recurrió Said para componer su obra no aparecen citas ni autores españoles. La única vez que Said cita a España se reduce a una mención sobre el legado académico de Silvestre de Sacy y los discípulos resultantes de su autoridad intelectual en entornos académicos y universitarios de Francia, España, Noruega, Suecia, Dinamarca y Alemania (Said 2002: 182). Si bien Said apenas sobrevoló la coordenada arqueológica, queda claro cuán residual fue la aportación española a la tradición de estudios orientales desde el ámbito europeo, en la que Cataluña llevó una cierta delantera respecto al resto del territorio nacional con algunos autores ajenos al ámbito universitario (Vidal 2016: 606-609). Tal circunstancia se ve reforzada, a nivel académico, por la exigua participación española en los congresos de orientistas celebrados desde 1873 (Mederos 2013: 206-207; Casado y Mederos 2020: 335) y por el hecho de que una de las instituciones más representativas y generadoras de

conocimiento del momento (Real Academia de la Historia) no crearía hasta 1899 una comisión de estudios orientales (Mederos 2013: 207).

Uno de los estamentos protagonistas en la segunda mitad del XIX fue el de los diplomáticos, que convirtieron su misión consular en la excusa perfecta para trasladar sus experiencias desde el terreno, legándonos interesantes descripciones y libros de viajes (Martín Asuero 2006). Buenos ejemplos son Antonio Bernal de O'Reilly, Adolfo de Mentaberry y, especialmente, Adolfo de Rivadeneyra (Escribano 2006; Córdoba 2011; Córdoba 2011-2012: 115-133; Escribano 2003: 75-79; Córdoba 2001b: 7-8; Pérez Díe 2006: 234), que ha llegado a ser calificado como “*el más importante de los orientalistas españoles del siglo XIX*” (Moliner 2004: 32). Durante el siglo XIX – y ante la ausencia en España no solo de sociedades científicas y geográficas dedicadas a Oriente (que sí existían en Inglaterra, Alemania o Francia) sino de intereses coloniales en Próximo Oriente – la contribución de los diplomáticos se reveló como la principal fuente de conocimiento para acercar cuestiones histórico-arqueológicas a eruditos e investigadores nacionales cuyo conocimiento se limitaba a libros de viajes, testimonios y lecturas de obras publicadas por orientalistas europeos, especialmente franceses.

A este contexto cabe sumar el exiguo protagonismo académico que encontraron las “cuestiones orientales” en la formación universitaria y profesional durante la segunda mitad del XIX en unos años en los que se estaba gestando en España una progresiva evolución desde la mentalidad idealista-romántica a la positivista. Con la universidad relegada a un segundo plano hasta la absorción de las cátedras de la Escuela Superior de Diplomática (en adelante, ESD) en 1900, la citada institución (Peiró y Pasamar 1996: 39-78) era la única que contemplaba la investigación histórica en España y en el que se estilaba un renovado concepto tecnocrático. Desde su creación en 1856, se profesionalizaría la labor de anticuarios, archiveros, historiadores y funcionarios de museos, dejando atrás el autodidactismo y diletantismo de las décadas previas. Solo dos años más tarde, en 1858, sería creado el Cuerpo Facultativo de Bibliotecarios y Archiveros gracias al estímulo de la Ley Moyano de 1857 (Marín 2002: 210-212), todo un hito desde el punto de vista funcional y profesional.

No obstante, las asignaturas³ impartidas en la ESD eran lo suficientemente teóricas y generalistas como para que los conocimientos relacionados con la historia de las culturas orientales fueran abordados únicamente de forma tangencial. El programa de Manuel de Assas, que impartía la asignatura *Arqueología*, incluía temas sobre armamento de caldeos, asirios, babilonios, medos y persas (Romero 2005: 347); el de Cayetano Rosell, que impartía la asignatura *Bibliografía*, abordaba asuntos relacionados con la literatura egipcia, persa, india, asiria, fenicia (Romero 2005: 347); y el programa de Juan Facundo Riaño, responsable de la asignatura *Historia de las Bellas Artes*, contenía lecciones dedicadas al arte egipcio, al babilonio y a los monumentos de Persépolis (Romero 2005: 347-348). Cabe reseñar que entre la documentación recuperada del Archivo Histórico de la Universidad Complutense, pueden leerse varios epígrafes (posiblemente preguntas de examen de las asignaturas impartidas en la ESD) relativos a cuestiones histórico-arqueológicas de Oriente. Entre ellos: arquitectura egipcia, india, fenicia y hebrea; monedas fenicias conservadas en España; arte egipcio; principales monumentos de Asiria e India; arquitectura china y persa; organización social y política de Egipto; escritura y literatura egipcias. El Museo y la Escuela de Alejandría; Los hebreos. Literatura bíblica; La Arabia. Civilización Sabea. Mahoma. El *Koram*; La India. Períodos de su civilización. Espíritu de los Vedas. Las Leyes de Manú. Escritos buddhicos (Romero 2005: 348-352).

3. Tras el decreto firmado el 21 de noviembre de 1868, se impartieron las siguientes siete asignaturas: Paleografía; Arqueología; Numismática y Epigrafía; Bibliografía; Latín de los tiempos medios, Historia de la organización administrativa y judicial; y Ejercicios prácticos.

Desde el punto de vista bibliográfico tampoco es baladí comprobar que de los 115 títulos, con temática de Historia Antigua, conservados en la biblioteca de la ESD, 16 tratan asuntos de historia o arqueología orientales (Romero 2005: 356-364); la mayoría de ellos concernientes a Egipto y firmados por autores foráneos, mayoritariamente franceses. Aunque en términos absolutos pudiera parecer insignificante la proporción lo cierto es que la temática relacionada con Egipto y Próximo Oriente “*de tan poca tradición en nuestro país, gozó de un espacio nada desdeñable en los programas de las cátedras de la Escuela*” (Romero 2005: 367-368) a pesar de que en España “*siguen ocupando un espacio marginal en los estudios sobre la Antigüedad*” (Romero 2005: 369) eclipsadas por la preponderancia de los estudios clásicos.

3. Impacto del orientalismo en la arqueología española. El caso de José Ramón Mélida Alinari

Como se ha sostenido a lo largo de este artículo, en España ha sido discontinua y dispar la recepción del orientalismo, cuyo análisis se centrará ahora en el período comprendido entre el último cuarto del XIX y el primer tercio del XX. Para evaluar esta etapa se ha elegido la figura de José Ramón Mélida, cuya trayectoria profesional contiene algunas de las claves que explican la errática evolución del orientalismo como fenómeno transversal de amplio espectro humanista. Aunque la actividad de José Ramón Mélida se encuadra principalmente en el ámbito de la arqueología, su producción literaria (Casado 2012) y su condición de funcionario – tanto en el ámbito museístico como universitario – le convierten en una figura lo suficientemente representativa de la vocación humanista que se estilaba entonces entre arqueólogos, historiadores y escritores.

Existen ya dos publicaciones que aproximan la contribución orientalista de José Ramón Mélida; una de ellas centrada en el ámbito egiptológico (Casado 2007) y otra que atiende aspectos relacionados con la arqueología proximo-oriental y los estudios bíblicos (Vidal 2013a). En este último artículo se defiende, con acierto, la labor recopilatoria, divulgativa y bibliográfica desplegada por Mélida y otros autores españoles que publicaron trabajos sobre arqueología del próximo oriente “*dada la aproximación siempre indirecta que realizaban sobre la materia, nunca basada en el conocimiento directo de las fuentes arqueológicas y epigráficas*” (Vidal 2013a: 158). Y a pesar de que sobre Mélida se proyectan algunas de las limitaciones que relegaron a la arqueología española a un papel secundario en la generación de conocimiento sobre la arqueología próximo oriental de finales del XIX y principios del XX, no debe obviarse su “*vocación orientalista*” (Díaz Andreu 2002: 40), especialmente en los inicios de su carrera.



Figura 1. José Ramón Mérida (Archivo Mérida Ardura)

Rastreemos ahora en las circunstancias que condicionaron la trayectoria de Mérida desde sus años de formación. Más allá del autodidactismo decimonónico del que participaron buena parte de los arqueólogos españoles del XIX, la ESD fue el primer centro de formación en el que Mérida recibió conocimientos teóricos (Casado 2006: 28-38). Llama la atención que en el citado centro, fundado en 1856, uno de los requisitos de ingreso, entre 1862 y 1866, fuera tener conocimientos en lengua árabe; además de literatura española, geografía e historia universal. Sin embargo, cuando Mérida ingresó en la Escuela, en junio de 1873 (con solo 17 años), ya no consta tal exigencia. El único requisito entonces era contar con el título de bachiller en Artes (Casado 2006: 29). Y las asignaturas impartidas en la Escuela, desde el decreto del 21 de noviembre de 1868, quedaron reducidas a siete: paleografía, arqueología, numismática, epigrafía, bibliografía, latín de los tiempos medios, historia de la organización administrativa y judicial, y ejercicios prácticos. Es decir, las mismas asignaturas cursadas por Mérida cuando ingresó en 1873.

Al analizar el dato se antoja complicado que los alumnos recién ingresados en la Escuela tuvieran conocimientos en lengua árabe no solo por su corta edad, en la mayoría de los casos, sino por no tratarse de una materia impartida en las escuelas españolas, más allá de que Pascual de Gayangos ya venía fomentando los estudios árabes en la Universidad (Díaz Andreu 2002: 139) y en el Ateneo de Madrid y se hubiera convertido en promotor y dinamizador de los estudios árabes en la ESD (López García 2011: 56-60; Velasco 2009: 250-251).

Sin embargo, cabe otra lectura según la cual los antecedentes históricos justificarían la promoción e impulso de la lengua árabe en nuestro país. Por una parte, la motivación religioso-

misionera había estimulado el estudio de lenguas orientales en reputadas universidades europeas – caso de Salamanca, Oxford, París, Bolonia – desde el siglo XIV y en el siglo XVII había sido promulgada una bula papal para que algunas órdenes religiosas enseñaran lenguas orientales (Moscoso 2017: 170). Además, durante el reinado de Carlos III los intereses en Marruecos venían incrementando la acción política española en el vecino norteafricano (Velasco 2009: 246-248; Díaz Andreu 2002: 147). De hecho, se había creado una cátedra de árabe en los Estudios Reales de San Isidro y los estudios gramaticales de lengua árabe (con las publicaciones de Thomas Erpenius como referente, a principios del XVII) habían sido potenciados en décadas previas por figuras tan prominentes como Antonio Capmany, el Padre Cañes o Gregorio Mayáns (Moscoso 2017: 166). Esta tradición de estudios lingüísticos encontró continuidad durante el siglo XIX y explica que en la ESD todavía en la década de 1860’ se valoraran los conocimientos en lengua árabe. Sea como fuere no constan conocimientos en lengua árabe por parte de José Ramón Mélida al ingresar en la Escuela. Y debió de tratarse de un requisito que en ningún caso habría justificado la negativa al ingreso de uno de los aspirantes, caso de Mélida. Más bien refleja la tradición o formación académica de buena parte de los directores y profesores de la ESD, la Universidad Central, el Ateneo de Madrid y el Instituto de San Isidro, los cuatro centros de formación más importantes del momento. Es el caso de Antonio Delgado, Pascual de Gayangos, Juan Facundo Riaño, Francisco Codera, Francisco Javier Simonet; o el llamativo caso del filólogo y lingüista Francisco García Ayuso, cuya formación en Alemania le hizo destacar posteriormente en el manejo de fuentes y el conocimiento de lenguas, tanto en su labor docente en el Instituto de San Isidro como en su desempeño como miembro de la Real Academia de la Lengua (Escribano 2001: 107-108).

Uno de los primeros contactos de Mélida con el orientalismo se produjo en la Escuela gracias al polifacético Manuel de Assas, que impartía la cátedra de *arqueología elemental* (Maier 2008: 186-187) y a quien Mélida reconoció como su verdadero maestro (Mélida 1906: 10; Peiró y Pasamar 1996: 164-174). Assas contaba con la ya consabida limitación de no conocer la arqueología de Oriente más que a través de viajes y lecturas (Maier 2008: 179) pero ejerció una notable influencia en su discípulo a la hora de transmitirle conocimientos en el campo de la arqueología monumental egipcia (Casado 2007: 24) y la arquitectura próximo-oriental antigua. En menor medida, Rada y Delgado también introdujo a Mélida en la arqueología oriental, especialmente la egipcia (Casado 2007: 24-33). De hecho, en 1881 (cuando Mélida contaba ya con 25 años) dejó constancia de hasta qué punto había sido así: “*En España, donde se considera la egiptología como cosa de poca importancia, sólo el infatigable y distinguido Rada y Delgado ha iniciado su estudio con verdadero acierto*” (Mélida 1881: 93-105). La afirmación fue posiblemente un “cumplido” de discípulo a maestro, ya que la egiptología practicada por Rada no iba más allá de una mera “egiptología de gabinete” a partir del contacto con piezas arqueológicas egipcias y próximo-orientales de las que hizo acopio en su viaje a bordo de la fragata Arapiles y que acabarían formando parte de las colecciones fundacionales del Museo Arqueológico Nacional. Como ha llegado a decirse “*Rada se hallaba más cercano al coleccionismo que a la arqueología y no superaba el estadio de acumulación de objetos descontextualizados sin método ni criterios científicos*” (Pascual 2001: 46). Sin embargo, los condicionantes laborales y la dependencia que Mélida tenía de Rada proyectan ese respeto reverencial, en ocasiones más impostado que sincero, que acabaría suponiendo el refuerzo de nexos laborales y la futura promoción de Mélida en el escalafón funcional (Díaz Andreu, 2008: 122). Tal circunstancia quedaría de manifiesto en 1903, meses después de fallecer Rada, cuando Mélida dejó en evidencia el criterio iconográfico y arqueológico de Rada, que no fue capaz de detectar las falsificaciones que el relojero de Yecla había incorporado a las esculturas del Cerro de los Santos (Casado 2006: 163-164).



Figura 2. Tarjeta personal de José Ramón Mérida, de inspiración egipcia (Archivo Mérida Ardura)

En conclusión, los conocimientos adquiridos por Mérida en la ESD en el ámbito orientalista, junto a Manuel de Assas y Rada y Delgado, se inscribieron en un plano meramente teórico y monumental; en una dinámica de gabinete, muy alejada a la arqueología de campo y en la que las consideradas como asignaturas prácticas no debieron de ir más allá de comentarios de textos, traducciones y análisis de las colecciones a las escasas piezas a las que tenían acceso los alumnos. Recordemos que el Museo Arqueológico Nacional había sido fundado en 1867, once años más tarde que la ESD; y las primeras piezas de origen oriental fueron incorporadas al Museo (Pérez Díe 2006) tras la expedición de la fragata *Arapiles*, en 1871, iniciativa que tuvo como objetivo nutrir de colecciones orientales el Museo (Rada 1876-1878; Pascual 2001; Pascual 2005; Pascual 2016: 341). Entre las colecciones incorporadas al Museo Arqueológico Nacional no se contaban piezas de Siria ni Palestina (Pascual 2001: 46) y las crónicas apuntan a que al llegar a Beirut no se pudieron comprar más piezas por falta de fondos, por lo que cabe inferir que habrían sido pocas las opciones de que los alumnos de la Escuela hubieran contemplado *in situ* piezas arqueológicas de origen oriental. Existe la posibilidad de que Mérida y el resto de alumnos de la Escuela hubieran tenido acceso a la exigua colección de antigüedades orientales de la Real Academia de la Historia, caso de los relieves e inscripciones asirios del palacio de Senaquerib, ingresados en la citada institución en 1851 (Almagro 2001b; Mederos 2013: 204) o algunos ushebtis y esculturitas de procedencia egipcia (VVAA 2001: 262-263) que pertenecían a Pascual de Gayangos, a título personal, hasta que sus descendientes cedieron la colección en 1898 (Almagro 2001a: 49). Otra opción es que hubieran tenido la oportunidad de conocer las colecciones de la Biblioteca Nacional y del Gabinete de Historia Natural – que Emil Hübnér registró en las 357 páginas de su libro de 1862 *Die Antiken Bildwerke in Madrid* – pero la colección apenas contaba con alguna escultura egipcia – y estaba formada mayoritariamente por escultura clásica. Seguramente los orientalistas españoles del momento en que Mérida cursó sus estudios en la Escuela (1873-1875) debieron de compartir experiencias y conocimientos, unidos por el

común denominador del interés por la arqueología oriental independientemente del cargo institucional de cada uno. Además, debió de jugar a su favor el hecho de que se trataba de clases con un número limitado de alumnos (las aulas de la ESD no salían sobrepasar los 20 alumnos) lo que habría facilitado la visita eventual de estos grupos reducidos a colecciones públicas y privadas.

En el ámbito de las publicaciones, las primeras en las que Mérida trató temas orientales vienen constituidas por una recopilación de noticias, que fueron recogidas en la sección *Arqueología y Bibliografía Crítica* del volumen VI del “Boletín de la Institución Libre de Enseñanza” en 1882 (Vidal 2013a: 160-163), donde compartió páginas con el insigne regeneracionista Joaquín Costa (Casado 2006: 51-58). El valor de estas publicaciones (Mérida y Costa 1882a; 1882b; 1882c; 1882d), de nulo valor académico, es netamente divulgativo y en ellas se hizo eco de novedades arqueológicas acontecidas en Próximo Oriente. Incluso algunas de las notas son una mera traducción de las publicaciones en francés o inglés (Vidal 2013a: 160-162). Sin embargo, “*cabe reconocerle el mérito de poner a disposición de los lectores españoles una información, por lo demás de muy difícil acceso, sobre unas temáticas sobre las que apenas existía tradición en España*” (Vidal 2013a: 162). La escritura de los ketas o hittitas, una inscripción hebrea de Siloé, novedades en torno a los archivos babilónicos y varios hallazgos caldeos fueron los asuntos sobre los que Mérida se hizo eco en las páginas del Boletín.

Ya ha sido abordada la obra literaria de Mérida (Casado 2012), parte de la cual se inspiró en temáticas orientales. Con *Salomón, rey de Israel* como “*obra cumbre de su producción novelesca*” (Casado 2006: 70), Mérida convirtió un género literario, la novela, en coartada para ambientar su obra. Corría el año 1894 y Mérida desempeñaba entonces el cargo de jefe de sección del Museo Arqueológico en la antigua sede del Casino de la Reina, cargo que ostentaría hasta 1901 (Casado 2011-2013: 244-261). Los nutrientes documentales de la citada obra se basaron especialmente en orientalistas galos, como Perrot y Chipiez, Pierret, Vigoroux, Babelon y Lenormant, cuyos autores citó, sin matizar las obras consultadas. A pesar de que se ha llegado a sostener que Mérida no descuidó la bibliografía anglosajona (Vidal 2013a: 166-167), merece una explicación que en el listado de bibliografía aportado por Mérida no citara al británico Flinders Petrie, considerado el padre de la egiptología y la arqueología bíblica; ni tampoco las excavaciones de la universidad de Pennsylvania en Nippur desde 1888 (De Jong 1992: 325-334). Lo cierto es que Petrie acababa de hacerse con la cátedra de egiptología del Reino Unido en 1893,⁴ en lo que representó el tránsito desde la visión romántica de su antecesora Amelia Edwards (cofundadora, en 1882 de la *Egypt Exploration Fund*) a la renovada visión cientifista de Petrie. Desde 1884 Petrie venía practicando trabajos de campo en Naukratis y su primera incursión arqueológica en Palestina (en Tell el-Hesi, la antigua Lachisch) data de 1890. Entre 1890 y 1893 había llevado a cabo excavaciones en Tell el-Amarna, donde empleó sus rompedores métodos de excavación de “análisis estratigráfico” y su famosa “datación cruzada”, y no tardó en publicar sus trabajos, que alcanzaron pronto dimensión internacional. Se entiende que cuando Mérida compuso y redactó *Salomón, rey de Israel* no tuvo margen de tiempo suficiente para consultar *Ten years Digging in Egypt* (1893) aunque sí podría haber leído *Tell el-Hesi, Lachisch. Committee of the Palestine Exploration Fund* (1891) y por supuesto anteriores obras sobre sus excavaciones en Naukratis (1886). Pero ya ha sido señalada la inercia de Mérida a la tradición orientalista gala, así como su predilección e inclinación francófila (Casado 2006: 399). En cualquier caso, la obra podría catalogarse como una proyección del estado de opinión que empezaba a extenderse entre arqueólogos europeos; un guiño de Mérida a lo que él mismo llamaba “*verdad exacta*” o una decantación con la

4. La cátedra Edwards de Arqueología y Filología Egipcia (University College de Londres) había sido creada en 1892.

que trataba de abrazar el cientifismo, el rigor histórico y el oficio de historiador, dejando atrás la ficción, la especulación, los cronicones y la recreación.

Mélida se distanciaba así de la producción idealista-romántica que caracterizaba parte de la novela decimonónica y que él mismo había cultivado (Casado 2012) pero sin olvidarse de la vocación educadora aprendida en los ambientes “aperturistas” del Ateneo (Casado 2006: 120-123) y recurriendo a concesiones literarias para potenciar la trama novelesca: “*hemos introducido algún personaje de pura invención, sin oponer contradicción alguna al Sagrado Texto*” (Mélida 1894: IV). Mélida se implicó en la tarea de construir una nueva realidad historiográfica y una renovada dinámica científica, en sintonía con los preceptos positivistas que venía asimilando en sus años de formación. Y a la hora de conciliar rigor histórico con dogma de fe, el autor dejó claro parecido ferviente catolicismo del que había hecho gala su maestro Rada y Delgado en parte de su obra (Pascual 2001: 44), al afirmar que “*debe resplandecer una moral en un todo ajustada a la interpretación más ortodoxa y autorizada de la Sagrada Escritura*” (Mélida 1894: III). Lo que proyectan las palabras de Mélida es lo esperado en el “establishment” español de la época: el incontestable valor de las Sagradas Escrituras y una concepción providencialista de la Historia, más allá de la corriente historiográfica a la que pudiera adscribirse. Mélida estaba en línea con los exégetas católicos de tradición francesa (Said 2002: 234) que, a finales del XIX, salieron en defensa de la Biblia como fuente histórica frente a los racionalistas que venían poniendo en duda la veracidad de los textos sagrados desde el siglo XVIII (Rubio 2001: 84; Fernández Marcos 2001: 130-145; Vidal 2013a: 166). El propio Mélida en los prolegómenos de la obra (sección *Al lector*) cae en la apología del personaje, resaltando sus virtudes y refiriéndose a él como “*aquel hombre extraordinario y superior (...) adorado por su pueblo; monarca bienhechor, magnánimo y poderoso; juez intachable (...) piadoso constructor del suntuoso templo a Jehová*” (Mélida 1894: IV), en un alarde de conformismo acrítico que evidencia que *Salomón, rey de Israel* está escrita en clave literaria y en ningún caso puede considerarse un estudio documental, tal como evidencian las pocas pistas bibliográficas aportadas por Mélida en sus páginas finales (Vidal 2013a: 166) y la nula contribución española en el ámbito de la arqueología bíblica,⁵ más allá de traducciones y recopilaciones a partir de las iniciativas llevadas a cabo por investigadores franceses, alemanes y estadounidenses (Vidal 2018: 224).

Resulta llamativo que Mélida contribuyera como orientalista (en este caso con un relato bíblico con altas dosis de recreación) desde el género literario pero con unos contenidos de trasfondo histórico/documental que redoblan el valor de la obra y le dan la razón a quienes piensan que “*el trabajo más arduo del escritor de novelas históricas es rellenar los huecos documentales que deja la historia con conjeturas que sean a la vez narrativamente satisfactorias y verosímiles*” (Sánchez Adalid 2008: 48). Mélida ofreció su talante más positivista, renegando de las “*poéticas ficciones creadas por el pseudo-romanticismo*” y afirmando que “*La Historia, que antes se redactaba como documento literario y político, con arreglo a las referencias de los autores antiguos, ha sido renovada por la Arqueología, que nos ha puesto en comunicación directa con el mundo antiguo*” (Mélida 1894: I-II).

Una de las limitaciones que lastran la contribución orientalista de Mélida es el hecho de que no haber conocido *in situ* yacimientos y museos de Próximo Oriente,⁶ a excepción de Turquía, donde tuvo la oportunidad de conocer Troya (colina de Hissarlik), el Museo Imperial Otomano de

5. La primera excavación española – acometida en el ámbito de la arqueología bíblica – data de junio de 1964, cuando E. Olávarri llevó a cabo trabajos de campo en el yacimiento jordano de Khirbet Araid.

6. Tomamos como referencia la definición de la RAE, según la cual Egipto queda excluido de la consideración de país del Próximo Oriente. Mélida conoció Egipto en 1909, como congresista en El Cairo.

Constantinopla (Estambul) y la ciudad de Bursa (Casado 2006: 105). Lo hizo a bordo del vapor *Senegal* en 1898 (Casado 2006: 103-105) en calidad de comisionado del Museo Arqueológico Nacional, donde ocupaba entonces el cargo de jefe de la sección de Protohistoria y Edad Antigua.⁷ Y uno de los objetivos de la expedición fue hacer acopio de reproducciones y vaciados para el Museo de Reproducciones Artísticas, dirigido entonces por Juan Facundo Riaño (Casado 2006: 106) y del que Mérida sería director en 1901 (Casado 2006: 128). Debe consignarse que buena parte de las copias y vaciados de los museos turcos y griegos no procedían de talleres propios. Muchas de estas reproducciones procedían de Alemania que, en el caso de Olimpia, había negociado tales derechos de reproducción a cambio de exhibir ciertos hallazgos *in situ* sin llevárselos a Alemania (García-Ventura y Vidal 2019).

En tal viaje de 1898 Mérida se vio favorecido por sus buenas relaciones con las instituciones arqueológicas francesas, que promovieron y sufragaron la iniciativa a través de la *Revue Generale des Sciences de París* (Casado 2006: 103). De hecho, la dirección expedicionaria del mismo recayó sobre el insigne Georges Radet (profesor de la Universidad de Burdeos) gracias al cual Mérida llegó a colaborar en la *Revue des Universités du Midi*. Debe consignarse que los nutrientes científico-académicos y bibliográficos de Mérida procedían de la tradición orientalista francesa. De hecho, sus contactos con arqueólogos alemanes que excavaron en los más destacados yacimientos próximo-orientales – Friedrich Delitzsch, Robert Koldewey, Walter Andrae, Max von Oppenheim (Córdoba 2001a: 68-71) – fueron inexistentes; unas sinergias de las que sí pudo aprovecharse su joven discípulo Bosch Gimpera – entre 1911 y 1914 – gracias a dos becas de estancias en Berlín, concedidas por la Junta de Ampliación de Estudios (Vidal 2010-2011: 281-284).



Figura 3. Prismáticos personales de José Ramón Mérida (Archivo Mérida Ardura)

7. Documentación conservada en el AGA/MCU (Alcalá de Henares, Madrid) con la signatura EC-Ca 6535 y la signatura topográfica 31-49.

Desde el punto de vista interpretativo, las publicaciones de Mérida proyectan el impacto que el paradigma difusionista tuvo en su obra y la extendida creencia de que la creación artística de los pueblos estaba subyugada a su capacidad imitativa, en un contexto de auge de la antropología, la etnología y el historicismo de corte idealista (López Jiménez 2001: 73). Téngase en cuenta que en el lapso temporal 1880-1920, el difusionismo⁸ fue prácticamente el único modelo válido en el escenario del pensamiento arqueológico europeo, que entonces se dividía entre “orientalistas⁹ y helenistas” (Gran Aymerich 2001: 368-369). En ambos esquemas se consideraba al mediterráneo oriental como generador cultural y tecnológico, además de responsable del fenómeno colonial. De alguna manera, Mérida se mostró permeable a los modelos en curso y participó del planteamiento difusionista, que contaba con el viento a favor de las teorías raciales, las dinámicas colonialistas ejercidas por las potencias europeas en el XIX (Hernando 1992: 16; Gil 2001: 340-341) y las grandes excavaciones arqueológicas emprendidas por Alemania, Francia, Estados Unidos e Inglaterra entre finales del XIX y principios del XX.

A pesar de que las interpretaciones culturales emitidas por Mérida en sus publicaciones muestran una trayectoria algo ambigua y sinuosa, sí cabe apreciar una evolución desde un cierto eclecticismo, cultural – con tintes egipcocéntricos y orientalistas – hacia un decidido filohelenismo-iberismo que se fue acentuando a partir de principios del siglo XX. Tras un rastreo detallado por sus publicaciones anteriores al cambio de siglo se constata la acogida que tuvieron en Mérida las corrientes orientalistas antes del cambio de centuria. En esa peculiar amalgama de influencias, Mérida se mostró más receptivo a las teorías de sesgo orientalista en la década de 1880’ para acabar abrazando un paradigma helenocéntrico (iberista), influenciado por la preponderancia de la raza europea y su dominio sobre la humanidad no europea a partir de la primera y segunda década del siglo XX.

En lo que se refiere a fenicios y púnicos, las publicaciones de Mérida son esporádicas y algo residuales teniendo en cuenta el nivel de contribuciones (tanto en intervención arqueológica como en publicación) que venía dándose entre 1890 y 1910 (Mederos 2001: 38; Prados 2001: 70-73). Mérida ejerció de recopilador, haciéndose eco de los avances llevados a cabo en el sur peninsular desde la década de 1870’, donde Rodríguez de Berlanga, Jorge Bonsor y Luis Siret – además de Pelayo Quintero, Schulten y Bosch Gimpera, ya entrado el siglo XX – acapararon buena parte de los estudios fenicios (Mederos 2001: 38-41). A nivel europeo, la consideración de la cultura fenicia generaba percepciones distintas, desde la más positiva, en Inglaterra (Mederos 2001: 38) hasta los prejuicios antisemitas que la relegaban a una cultura oscura y carente de méritos culturales.

Una de las primeras menciones de Mérida al pueblo fenicio data de 1882, en su catálogo cerámico del Museo Arqueológico Nacional, cuando – siguiendo a los helenistas franceses Barón de Witte y Albert Dumont – se refirió a los alfareros helénicos como imitadores de los productos exportados por los traficantes fenicios (Mérida 1882). Y especialmente revelador es el pasaje del manual de Mérida sobre el arte griego que afirma que “*la raza aria, después de largos siglos de aprendizaje y de educación junto a la raza semítica, llega un día en que, dueña ya de los medios y de los principios técnicos, rompe con todas las tradiciones hieráticas y espirituales del Oriente, y,*

8. Hasta la última década del siglo XIX no fue puesto en cuestión el difusionismo. En el año 1889, el antropólogo británico Francis Galton (a través de una reseña crítica publicada tras ver la luz un artículo del antropólogo E. Tylor) agitó el debate, al contemplar la tesis autoctonista como alternativa a la exclusividad difusionista.

9. Destacados orientalistas fueron el sueco Oscar Montelius, que consideraba la civilización europea como un “*tenue reflejo de la civilización oriental*”, o el alemán Wolfgang Helbig. Y partidarios de una corriente conciliadora, que propugnaba una civilización egea con simétricas relaciones tanto con Oriente como con Europa, fueron Arthur Evans, Giuseppe Sergi y John Linton Myres.

emancipada, se entrega a la libre interpretación de la Naturaleza (...) Ese aprendizaje recibieron los griegos de los fenicios (...) no fue su arte de origen autóctono. Los orígenes del arte griego deben buscarse en el arte oriental” (Mélida 1897: 7-11). Según la tradición historiográfica, los fenicios habían desempeñado la función de educadores de Grecia, afirmación de la que se hizo eco Mélida repetidas veces. Tal creencia estaba arraigada dentro del panorama científico europeo de estos años desde que en 1871, en las excavaciones de la necrópolis ateniense de Dypilon, habían aparecido por primera vez vasijas de estilo geométrico (Bianchi 1992: 103-130).

Desde los años 80’ del siglo XIX Mélida incorporó a su discurso interpretativo el componente fenicio, sin duda estimulado por los trabajos – tanto de campo como editoriales – que el francés Ernst Renan había llevado a cabo en las décadas de 1860’ y 1870’, con la publicación de *Mission de Phénicie* (1864) como punto de partida (Mederos 2001: 38). Es sintomática la adscripción fenicia que Mélida otorgó al santuario del Cerro de los Santos, con motivo de una reseña de 1882 sobre la obra publicada por el escolapio Carlos Lasalde, que había excavado en el Cerro en los años previos (Chapa 2003). Lasalde había interpretado la colección de estatuas como de naturaleza egipcia, pronunciamiento que le valió una dura crítica por parte de Mélida. Por entonces, Mélida venía acometiendo labores de catalogación en el Museo Arqueológico Nacional en su condición de ayudante de la sección primera, que incluía antigüedades egipcias y orientales (Casado 2006: 40-43). Mélida acusó a Lasalde de “indocumentado” por no haber examinado las “estatuas fenicias” que poseía el Museo Arqueológico y que se hallaban colocadas en lugar muy próximo al que ocupaban las de Yecla: “*ni las ha comparado con éstas, pues de lo contrario, hubiese echado de ver cómo esas mismas reminiscencias de lo persa y lo fenicio que se observan en las esculturas primitivas de la Grecia, se ven también en las de Yecla con más evidencia que el carácter egipcio, de que sólo participa una parte de ellas*” (Mélida y Costa 1882e: 215-216). Mélida debió de recurrir así a la experiencia personal que le brindaban las labores de catalogación emprendidas en las colecciones del Museo. Seguramente las piezas con las que comparó a las estatuas calizas del Cerro procedían en su mayor parte del acopio llevado a cabo en el Museo Cesnola de Chipre por la comisión científica de la fragata Arapiles y de la que dio cuenta su entonces jefe Rada y Delgado en su obra *Viaje a Oriente de la fragata de guerra “Arapiles” de la comisión científica que llevó a su bordo* (Rada 1876-1878: 697-727). Es llamativo cómo Rada negaba la capacidad creativa de los alfareros chipriotas, en un claro pronunciamiento de matriz difusionista, al afirmar que “*difícilmente se habría ocurrido a los alfareros chipriotas (...) en Chipre no ha existido semejante progreso*” (Rada 1876-1878: 719); afirmación en sintonía con los planteamientos de Mélida hasta, al menos, la primera década del XX.

Resulta tentador atribuir las interpretaciones culturales emitidas por Mélida a un presunto posicionamiento o prejuicio doctrinal de tendencia antisemita, como ha querido demostrarse (Vidal 2013a: 165-166). Sin embargo, más allá del incontestable antisemitismo que afectó a buena parte de las esferas científicas europeas desde el último cuarto del XIX – como efecto de la tergiversación del darwinismo social o teoría evolutiva (Biermann 2005: 116; Martínez Mesa 2000) – no compartimos este presunto antisemitismo de Mélida. El antisemitismo en el resto de Europa fue muy superior al registrado en España, donde la presencia de población judía fue prácticamente eliminada desde la expulsión de 1492 (Pérez 2005: 267-284). A pesar de los postulados filoarios defendidos por su maestro Manuel de Assas (Vidal 2013b), Mélida se desmarcó de ese posicionamiento de sesgo racista, hasta el punto de que es difícil encontrar en su obra afirmaciones que sostengan un presunto prejuicio antisemita. Sus palabras más bien reflejan la “militancia difusionista”, sustanciada en frases tan reveladoras como: “*los colonizadores traían la civilización, y los naturales eran salvajes que de ellos la recibieron*” (Mélida 1906: 9). Es cierto que Mélida relegó a los fenicios a “actores secundarios” en su discurso de entrada en la Real Academia de la Historia, de 1906. Pero de haber

sido un antisemita no habría otorgado a los fenicios la iniciativa de haber construido el santuario del Cerro de los Santos en la década de 1880'. Más bien, Mérida se vio envuelto en un contexto de prevención contra el pueblo judío, al que la tradición católica y europea relegaba siempre a pueblo o etnia o raza de la que desconfiar y a la que se le atribuían secularmente los males de la humanidad. Mérida era un ferviente católico – como su maestro Rada y Delgado – que había heredado el recelo hacia lo no-católico. A tal circunstancia cabría añadir una natural inercia judía a abrazar causas liberales y democráticas que garantizaran y ampliaran sus libertades (Biermann, 2005: 115), a todas luces incompatible con el talante conservador de Rada y su desconfianza en la modernidad. Pero el catolicismo de Mérida no puede considerarse un gesto antisemita sino más bien la proyección de una tradición religiosa, que negaba la alteridad u otredad y en la que el contraste o lo diferente generaba rechazo. Mérida debió de participar de una corriente de opinión y pensamiento mayoritaria en su entorno y el segmento socio-cultural (burgués-católico) al que pertenecía, y en el que los guiños patrióticos eran habituales.

En el ámbito museístico, debe consignarse también que estando Mérida al frente de la sección de Prehistoria y Edad Antigua dio cuenta de la adquisición de una figurita, con forma de cabeza, que había sido cedida por el ovetense Celestino Brañanova en 1884. La pieza, localizada en las inmediaciones de Cangas de Tineo (Asturias) por el militar José Colubi en 1878, era definida entonces como fenicia.¹⁰ Aunque no constan más datos, llama la atención la adscripción cultural asignada a una pieza hallada en el norte peninsular y sobre la que el propio Mérida no ofrece más detalles.

Sobre la consideración que Mérida tenía de los fenicios es sintomático también el contenido de una reseña publicada en 1899, cuando al arte ibérico apenas se le reconocía su capacidad creativa y originalidad. Al referirse a unos exvotos ibéricos de la sierra de Úbeda (con la denominación estilada entonces: ídolos), Mérida dio muestras de hasta qué punto seguía siendo recurrente la iconografía fenicia, en perjuicio de cualquier viso de reconocer el arte ibérico como genuino: “*interpretó los brazos tan torpemente, tan sin tener en cuenta la angulosidad del codo, que más parecen aletas de pescado, como sucede en el ídolo de Larrumbe, y las manos, manos de bestia, pero supo inclinarlas hacia el torso, recordando las imágenes de Astarté, la Venus fenicia*” (Mérida 1899: 98). Desde las últimas dos décadas del XIX, las contribuciones de Bonsor y Siret ampliaron sustancialmente el conocimiento sobre la colonización fenicia en la península ibérica, y el propio Mérida dio cuenta de hallazgos puntuales – amuletos, peines y placas de marfil hallados en Carmona (Mérida 1896b: 5; Mérida 1906: 43-45) – en los que los conceptos “orientalizante” o “tartésico” – adscripciones culturales aceptadas en la actualidad, más allá del debate abierto desde principios del siglo XXI en torno a su naturaleza fenicia o tartésica – no se contemplaban aún. De hecho, Mérida atisbó influencias asirias en los citados peines y placas. Una vez más, la monumentalidad asiria de las grandes excavaciones del momento (Daniel 1987: 127-130) y el recurrente modelo difusionista pesaron sobre sus análisis culturales, en los que no se contemplaba aún la consideración de tartésico. Además, la predisposición francófila de Mérida influyó en la decantación de sus análisis. No es baladí la preferencia por la arqueología oriental mostrada por Adrien de Longpérier, director del departamento de antigüedades del Louvre desde mediados del XIX. Longpérier fue el primero en sostener la influencia del arte asirio sobre el mundo griego, antes incluso de que se pusieran en marcha las grandes excavaciones en Oriente (Gran Aymerich 2001: 117). En el ámbito anglosajón

10. La información procede de un lote adquirido por el Museo Arqueológico Nacional en mayo del 2001, con el expediente 2001/101.

fueron también relevantes las intervenciones de William Kennett Loftus, Henry Creswicke Rawlinson, Austen Henry Layard, George Smith y Hormuzd Rassam, a los que el propio Mélida dedicó varias de sus reseñas en la década de 1880'. Y todavía en 1908, al interpretar la compleja iconografía de la Dama de Elche, seguía advirtiendo paralelos entre las cuentas fusiformes del busto ilicitanos y las apreciadas en algunos monumentos fenicios y asirios (Mélida *et alii* 1908: 109-111).

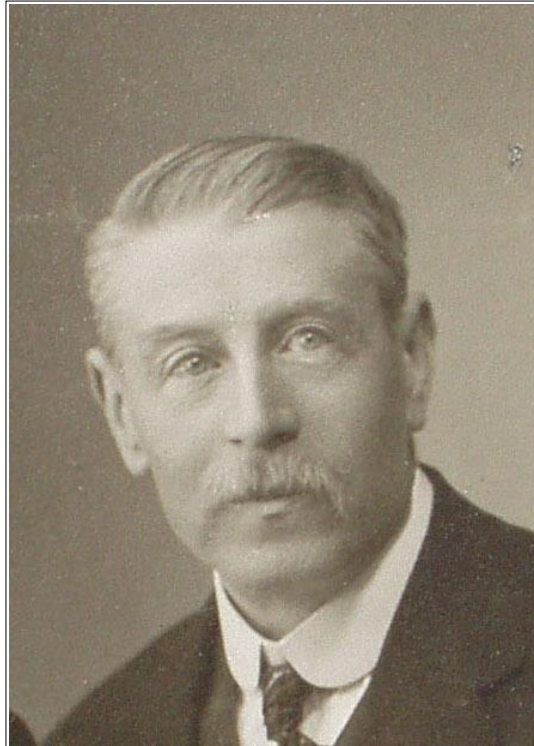


Figura 4. José Ramón Mélida (Archivo Mélida Arduro)

En el último lustro del XIX, Mélida seguía siendo deudor de una óptica difusionista en la que el sustrato oriental seguía estando presente. Mélida atribuyó influencias orientales en su interpretación de la bicha de Balazote, a la que erróneamente atribuyó un parentesco caldeo-asirio y una cronología del siglo IX a. C. (Mélida 1896a: 140-141; Casado 2006: 174-175). En esa misma predisposición “orientalizadora” incurrió al analizar el jinete ibérico, afirmando que “*aunque nada tengan de común los relieves ibéricos con los hititas salta a la vista que estas dos idénticas manifestaciones artísticas responden a una sola causa, y es el haber tenido hititas e iberos un mismo maestro: el oriente*” (Mélida 1900: 5). En tal comparación seguramente Mélida tenía en mente los altorrelieves hallados en Hattusas (actual Bogazkoy, Turquía) por el arqueólogo francés Charles Texier en la década de 1830' (contenidos en su obra *Description de l'Asie Mineure*, de 1839). Una deducción algo simplista, condicionada por los escasos referentes iconográficos disponibles en una época de sobrevaloración de lo monumental y de las grandes culturas arqueológicas de Próximo Oriente.

Buena parte de los artículos y reseñas de Mélida, publicados antes de la primera década del XX, segregan también un sesgo egiptocentrista, en el que tanto influyeron los postulados hiperdifusionistas del arqueólogo australiano-británico Grafton Elliot Smith. Buen ejemplo es la obra de Mélida titulada *Historia de la careta*, donde defendió la expansión de los usos funerarios egipcios por territorio

fenicio y el mediterráneo oriental. En sus páginas Mérida se decantaba por el carácter oriental de las máscaras micénicas que “*se sabe mantenían contactos comerciales con los fenicios, quienes, sin duda, trajeron a Micenas las reminiscencias, patentes hoy, en los monumentos de las artes y de las costumbres egipcias*” (Mérida 1885: 71). Una óptica egipcocéntrica, todavía latente en algunos tramos de su discurso de ingreso a la Real Academia de la Historia en 1906 (Casado 2006: 192-193).

Mérida concedió a Egipto y Próximo Oriente un papel rector en el proceso de transferencia cultural. Pero ya desde 1900, el desencanto de Mérida ante la negativa a ver creada una cátedra de egiptología en la Universidad Central (Casado 2006: 133-134; Casado 2007: 32-33), sumado a la ausencia de infraestructuras y sinergias académicas que estimularan los estudios e investigaciones en el ámbito de la egiptología (Moliner 2004: 40-43) venía alejándole progresivamente del interés por el país del Nilo. Su distanciamiento por las cuestiones egipcias acentuó su inercia filohelenista, así como su creciente interés por cuestiones relacionadas con la cultura ibérica, coincidiendo con un ambiente paneuropeísta emanado del contexto colonial, en el que se trataba de justificar la autonomía y autosuficiencia histórica de Europa respecto de Oriente. De hecho, la preponderancia del modelo helénico sobre el oriental empezó a ponerse de manifiesto en el citado discurso de ingreso a la Real Academia de la Historia, en diciembre de 1906, cuando sostuvo que “*no existe en rigor un arte fenicio que por sus caracteres distingamos como los genuinos de otros pueblos. Aquellos comerciantes del mundo antiguo carecían, como los del moderno, de gusto estético, y no se cuidaron de crear un arte, sino que en los largos siglos de su civilización, mantenida por el tráfico con distintos pueblos, tomaron de éstos el arte y los artistas que les fueron necesarios*” (Mérida 1906: 43). En este viraje epistemológico, que acabaría convirtiendo a Grecia en referente cultural, tuvieron mucho que ver las importantes campañas arqueológicas llevadas a cabo en la antigua Hélade; yacimientos ubicados en territorio griego y turco (Micenas, Troya, Olimpia, Creta, Pérgamo, etc) que entre finales del XIX y las primeras décadas del XX fueron puestos al descubierto. También los asiduos contactos de Mérida con arqueólogos franceses de cuño filohelenista, así como sus recurrentes nutrientes bibliográficos – caso de Georges Radet, Mederic Dufour, Salomon Reinach, Théophile Homolle, Pierre Paris, etc. – acercaron a Mérida a posturas de tendencia helenocéntrica (Casado 2006: 172-176; Reimond 2010).

El tono difuso y ambiguo que muchas veces adoptó Mérida en las publicaciones evidencia que nunca acabó de desprenderse completamente de la predisposición orientalista de la que tanta gala hizo antes del cambio de siglo. Prueba de ello son varios de los artículos en prensa que llevaron su firma en la serie *Numantina*, publicados desde 1906 en las páginas del diario madrileño “El Correo”. En su entrega del 7 de septiembre de 1911, bajo el título de *Trajes celtibéricos*,¹¹ se hizo eco Mérida de la localización en Numancia de varias cuentas de vidrio, que no atribuyó a la industria indígena sino a la fenicia, cuya presencia en la península calificaba de “*penetración pacífica de los adelantados pueblos pacificadores*”. Una vez más Mérida recurrió a una explicación difusionista por la que seguía negando la suficiencia creadora y artística de los arévacos. Y todavía en 1921 seguía refiriéndose a la “*penetración fenicia*” en territorio arévaco para darle sentido al hallazgo, durante el curso de las excavaciones, de una “*navaja fenicia de hierro*” cuyo mango tallado contenía simbología que Mérida y Taracena – ambos, firmantes de la memoria de las excavaciones – relacionaron con la

11. Se corresponde con el Num. 11.165 y el año XXXII. Recortes de periódico conservados en el expediente personal de Mérida del Museo Arqueológico Nacional.

representación de toros alados de Nínive o Persépolis. Tal conjetura les llevó a retrasar la cronología de la pieza hasta el siglo VI-V antes de Cristo (Mélida y Taracena 1921: 9-10).

A pesar de su progresivo acercamiento a la arqueología ibérica desde la primera década del siglo XX, Mélida siguió manteniendo interés por cuestiones fenicias y orientales. Buen ejemplo fueron las conferencias que impartió en el Museo de Reproducciones Artísticas en 1911 – publicadas en la revista “Arte” en 1914 (Casado 2006: 309) – sobre *El sarcófago fenicio de Cádiz*, *Imágenes de cultos orientales* y *La esfinge de Balazote*, a la que ya no se refiere como “bicha”, en un claro guiño cientifista que dejaba atrás la denominación popular. Y cinco años más tarde, en mayo de 1916, haría lo propio en el Ateneo de Madrid con una conferencia sobre la *colonización fenicia*. (Casado 2006: 356-358).

Las capacidades otorgadas a los fenicios, por parte de Mélida, en los años 1920’ quedaron reflejadas en sus publicaciones sobre el tesoro de La Aliseda (Cáceres), localizado el 29 de febrero de 1920. Su hallazgo constituye uno de los episodios más controvertidos en lo que se refiere a la gestión del descubrimiento y la atribución de los méritos científicos contraídos por los investigadores implicados (Pavón *et alii* 2017: 261-263). Sin embargo, deben constatar aquí las atribuciones culturales propuestas por Mélida, que atribuyó la ejecución de las joyas a artesanos formados en talleres de Fenicia y Cartago, en línea con el consenso actual de reputados especialistas (Mélida 1928; Almagro 1999: 77-78; Celestino *et alii* 2007: 590; Rodríguez Díaz *et alii* 2019: 107-125). A grandes rasgos, destacó la excepcionalidad del conjunto “no solamente en la arqueología hispana, pues supera en variedad y riqueza a las joyas fenicias descubiertas en Cádiz, sino en la Arqueología clásica oriental, en la que las pocas alhajas fenicias descubiertas, sobre todo en Chipre, eran hasta ahora los elementos para conocer la joyería oriental del siglo VI antes de Cristo, que parece haber sido su mejor época” (Mélida 1926: 6). Sobre el vaso de vidrio con inscripciones jeroglíficas, Mélida se pronunció sobre su naturaleza fenicia y no egipcia, “uno de tantos casos en que un artífice escribió en una lengua y con una escritura que no eran las suyas” (Mélida 1921: 124).

En definitiva, y a pesar de que los postulados de Mélida, durante los años 1920’, habían virado hacia una mayor aceptación del componente indígena o iberista, seguía pesando en él un esquema de matriz difusionista en el que los fenicios habrían difundido su tecnología y capacidades artísticas a poblaciones locales (tartésicas) de la península ibérica. Tal predisposición difusionista se fue “filohelenizando” con los años, a medida que las civilizaciones prehelénicas (Troya, Micenas y Creta) empezaban a ver la luz gracias a las excavaciones acometidas. Buena muestra fue su defensa de la originalidad griega en las producciones de cerámica pintada, que ya no atribuía a los fenicios, como en décadas previas (Casado 2006: 46-49). Uno de los ejemplos más nítidos se aprecia en su valoración de la cerámica numantina, a la que llegó a emparentar con las culturas heládicas preclásicas (Casado 2006: 243-248). Su deriva filohelenista encontró colofón, en el ámbito ceramológico, con su participación en el *Corpus Vasorum Antiquorum* en 1930, ya en la recta final de su vida (Casado 2006: 382-285).

4. Bibliografía

Almagro Gorbea, M. (2001a) “El Gabinete de Antigüedades: colecciones y anticuarios”, en “*Tesoros de la Real Academia de la Historia*” Catálogo de la exposición. Real Academia / Patrimonio Nacional, Madrid: 45-52.

Almagro Gorbea, M. (2001b) “Los relieves asirios del palacio de Senaquerib en Nínive”, en “*Tesoros de la Real Academia de la Historia*” Catálogo de la exposición. Real Academia / Patrimonio Nacional, Madrid: 59-63.

- Bianchi Bandinelli, R. (1992) *Introducción a la arqueología clásica como historia del arte antiguo*. Akal, Madrid.
- Biermann Stolle, E. (2005) “Reflexiones en torno al antisemitismo”, en *Tabula rasa*, 3: 111-135.
- Bohrer, F. N. (1998) “Inventing Assyria: Exoticism and Reception in Nineteenth-Century England and France”, en *The Art Bulletin* 80, 2: 336-356.
- Casado Rigalt, D. (2006) *José Ramón Mélida y la arqueología española*. Real Academia de la Historia, Madrid.
- Casado Rigalt, D. (2007) “José Ramón Mélida y la egiptología en España (1875-1925)”, en *Boletín de la Asociación Española de Egiptología*, 17: 23-38.
- Casado Rigalt, D. (2011-2013) “Cursus Honorum en el Museo Arqueológico Nacional: el ejemplo de José Ramón Mélida (1876-1930)”, en *Boletín del Museo Arqueológico Nacional*, 29-30-31: 235-270.
- Casado Rigalt, D. (2012) “De la novela a la arqueología de campo: incursiones literarias de José Ramón Mélida Alinari en sus inicios (1880-1901) y la arqueología española”, en *Vínculos de Historia*, 1, pp. 129-146.
- Casado Rigalt, D. y Mederos Martín, A. (2020) “La proyección exterior de la arqueología española a través de los congresos arqueológicos internacionales (1900-1936)”, en *Lucentum*, XXXIX: 329-348.
- Celestino Pérez, S. y Salgado Carmona, J. A. (2007) “Fenicios e indígenas a través del tesoro de La Aliseda”, en Justel Vicente, J. J.; Solans Gracia, B. E.; Vita Barra, J. P. y Zamora López, J. A. (Eds.) “Las aguas primigenias: el Próximo Oriente Antiguo como fuente de civilización”: 587-602.
- Córdoba Zoilo, J. (2001a) “Los pioneros de la arqueología en Oriente. Problemas y método en el redescubrimiento de asirios, babilonios y sumerios”, *Supplementa ad Isimu Estudios Interdisciplinares sobre Oriente Antiguo y Egipto*. Serie II. Vol I (2001): 59-80.
- Córdoba Zoilo, J. (2001b) “La percepción del Irán antiguo y contemporáneo en la obra de los viajeros españoles en las obras de los siglos XVII y XIX”, en *Supplementa ad Isimu Estudios Interdisciplinares sobre Oriente Antiguo y Egipto*. Serie II. Vol I (2001): 1-16.
- Córdoba Zoilo, J. (2005a) “Las huellas borradas”, en *Arbor* CLXXX, 711-712 (Marzo-Abril): XIII-XVIII.
- Córdoba Zoilo, J. (2005b) “Hasta los últimos confines”, en *Arbor* CLXXX, 711-712 (Marzo-Abril): 747-755.
- Córdoba Zoilo, J. (2006a) “La época de los viajeros y el redescubrimiento: colores de Occidente y perfumes de Oriente: los viajeros hispanos de los siglos de Oro: Don García de Silva y Figueroa y el redescubrimiento de Irán”, en Córdoba Zoilo, J. M. y Pérez Díe, M. C. (Eds.) *La aventura española en Oriente (1166-2006). Viajeros, museos y estudiosos en la historia del redescubrimiento del Oriente Próximo Antiguo*. Catálogo de la exposición del Museo Arqueológico Nacional (1ª parte): 89-98.
- Córdoba Zoilo, J. (2006b) “La época de los viajeros y el redescubrimiento: entre la curiosidad y la aventura. Los viajeros españoles y su mundo en la época de la expansión europea, desde comienzos del siglo XVIII a los inicios del XX”, en Córdoba Zoilo, J. M. y Pérez Díe, M. C. (Eds.) *La aventura española en Oriente (1166-2006). Viajeros, museos y estudiosos en la historia del redescubrimiento del Oriente Próximo Antiguo*. Catálogo de la exposición del Museo Arqueológico Nacional (1ª parte): 105-122.

Córdoba Zoilo, J. M. y Cerro, M. C. del (2006) “La madurez de la investigación arqueológica española en Oriente Próximo”, en Córdoba Zoilo, J. M. y Pérez Díe, M. C. (Eds.) *La aventura española en Oriente (1166-2006). Viajeros, museos y estudiosos en la historia del redescubrimiento del Oriente Próximo Antiguo*. Catálogo de la exposición del Museo Arqueológico Nacional (1ª parte): 69-74.

Córdoba Zoilo, J. Mª y Pérez Díe, M. C. (eds.) (2006) *La aventura española en Oriente (1166-2006). Viajeros, museos y estudiosos en la historia del redescubrimiento del Oriente Próximo Antiguo*. Catálogo de la exposición del Museo Arqueológico Nacional (1ª parte), abril-junio de 2006, Madrid.

Córdoba Zoilo, J. (2011) “Rivadeneira en Dizful. Notas sobre un óleo dedicado a la aventura española en Oriente”, en *Espacio, Tiempo y Forma, Serie II, Historia Antigua*, 24: 633-650.

Córdoba Zoilo, J. (2011-2012) “Rivadeneira en Babilonia: experiencia, trans fondo y recuerdo de una aventura española”, en *Isimu: Revista sobre Oriente Próximo y Egipto en la Antigüedad*, 14-15: 103-134.

Chapa Brunet, T. (2003) *El Padre Lasalde y las excavaciones en el santuario ibérico del Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo, Albacete)*, en Belén Deamos, M. y Beltrán Fortes, J. (coord.), *El clero y la arqueología española: II Reunión Andaluza de historiografía arqueológica: 113-130*.

Daniel, G. (1987) *Un siglo y medio de Arqueología*. Fondo de Cultura Económica, México.

De Jong Ellis, M. (Ed.) (1992) *Nippur at the Centennial*. Papers Read at the 35th Rencontre Assyriologique Internationale, 1988, Philadelphia.

Díaz-Andreu, M. (2002) *Historia de la Arqueología. Estudios*. Ediciones Clásicas, Madrid.

Díaz-Andreu, M. (2007) *A World History of Nineteenth-Century Archaeology. Nationalism, Colonialism, and the Past*. Oxford University Press.

Díaz-Andreu, M. (2008) *Revisiting the “Invisible College”*: José Ramón Mélida in early 20th century Spain, in Schlanger, N. & Nordbladh (Eds.) “Histories of Archaeology: archives, ancestors, practices”. Berghahn Books, Oxford: 121-129.

Domínguez Monedero, A. (2001) “El viaje a Egipto, entre el discurso orientalista y el conocimiento científico”, en *Supplementa ad Isimu Estudios Interdisciplinarios sobre Oriente Antiguo y Egipto*. Serie II. Vol I (2001) 183-196.

Donzé-Magnier, M. G (2017) *Edward Said: Orientalism*, Geonum Ed.

Escribano Martín, F. (2001) “Los estudios sobre Oriente en la España de finales del siglo XIX: La vida y la obra de Francisco García Ayuso”, en *Supplementa ad Isimu Estudios Interdisciplinarios sobre Oriente Antiguo y Egipto*. Serie II. Vol I (2001): 107-116.

Escribano Martín, F. (2003) “Viajeros españoles a Oriente durante los siglos XVIII y XIX”, en *Isimu VI*: 61-84.

Escribano, F. (2006) “La época de los viajeros y el redescubrimiento: entre la curiosidad y la aventura. Los viajeros españoles y su mundo en la época de la expansión europea, desde comienzos del siglo XVIII a los inicios del XX: un gran viajero, arqueólogo y pionero en Oriente: Adolfo Rivadeneira”, en Córdoba Zoilo, J. M. y Pérez Díe, M. C. (Eds.) *La aventura española en Oriente (1166-2006). Viajeros, museos y estudiosos en la historia del redescubrimiento del Oriente Próximo Antiguo*. Catálogo de la exposición del Museo Arqueológico Nacional (1ª parte): 153-162.

Fernández Marcos, N. (2001) “Un siglo de investigación bíblica en España, en los cien años de ‘Razón y Fé’”, en *Razón y Fé: revista hispanoamericana de cultura*, 244: 129-142.

- García-Romeral, C. (1955) *Bibliografía de los viajeros españoles (siglo XIX)*. Ollero & Ramos Editores, Madrid.
- García Sánchez, J. (2014) *Breve historia de la arqueología*. Nowtilus, Madrid.
- García-Ventura, A. y Vidal, J. (2019): “International networks and the shaping of nineteenth-century Spanish collections: A glance at the correspondence of Juan Facundo Riaño”, en *Journal of the History of Collections* fhz029, <https://doi.org/10.1093/jhc/fhz029>, Oxford University Press, Oxford.
- Gil Paneque, C. (2001) “El impacto de los descubrimientos egipcios en las corrientes de pensamiento del siglo XIX”, en *Supplementa ad Isimu Estudios Interdisciplinarios sobre Oriente Antigo y Egipto*. Serie II. Vol I: 337-346.
- Gran Aymerich, E. (2001) *El nacimiento de la arqueología moderna (1798-1945)*. Universidad de Zaragoza, Zaragoza.
- González Reyero, S. (2007) *La fotografía en la arqueología española (1860-1960): 100 años de discurso arqueológico a través de la imagen*. Real Academia de la Historia, Madrid.
- Hernando Gonzalo, A. (1992) “Enfoques teóricos en arqueología”, en *Spal*, 1: 11-35.
- Ibáñez Alfonso, M. (2015) “De la realidad al mito. La representación del arqueólogo desde la cultura ilustrada a la cultura de masas”, en *Revista del Seminario de Arqueología de la Universidad Pablo de Olavide de Sevilla*, 14: 293-331.
- López Jiménez, O. (2001) “Europa y la creación de los modelos célticos. El origen del paradigma étnico-cultural”, en *Trabajos de Prehistoria*, 58: 69-88.
- López Estrada, F. (2006) “La época de los viajeros y el redescubrimiento: los viajeros medievales y el reencuentro con Oriente: González de Clavijo”, en Córdoba Zoilo, J. M. y Pérez Díe, M. C. (Eds.) *La aventura española en Oriente (1166-2006). Viajeros, museos y estudiosos en la historia del redescubrimiento del Oriente Próximo Antiguo*. Catálogo de la exposición del Museo Arqueológico Nacional (1ª parte): 65-70.
- López García, B. (2011) *Orientalismo e ideología colonial en el arabismo español (1840-1917)*. Universidad de Granada, Granada.
- Magdalena Nom de Deu, J. R. (2006) “La época de los viajeros y el redescubrimiento: la memoria del Próximo Oriente y los primeros viajeros: Benjamín de Tudela y su “Libro de Viajes” (siglo XII)”, en Córdoba Zoilo, J. M. y Pérez Díe, M. C. (Eds.) *La aventura española en Oriente (1166-2006). Viajeros, museos y estudiosos en la historia del redescubrimiento del Oriente Próximo Antiguo*. Catálogo de la exposición del Museo Arqueológico Nacional (1ª parte): 39-46.
- Maier Allende, J. (2008) “La enseñanza de la Arqueología y sus maestros en la Escuela Superior de Diplomática”, en *Revista General de Información y Documentación*, 18: 173-189.
- Marín Torres, M. T. (2002) *Historia de la documentación museológica: la gestión de la memoria artística*. Ediciones Trea, Gijón.
- Martín Asuero, P. (2006) “La época de los viajeros y el redescubrimiento: entre la curiosidad y la aventura. Los viajeros españoles y su mundo en la época de la expansión europea, desde comienzos del siglo XVIII a los inicios del XX: los diplomáticos españoles y el redescubrimiento del imperio otomano”, en Córdoba Zoilo, J. M. y Pérez Díe, M. C. (Eds.) *La aventura española en Oriente (1166-2006). Viajeros, museos y estudiosos en la historia del redescubrimiento del Oriente Próximo Antiguo*. Catálogo de la exposición del Museo Arqueológico Nacional (1ª parte): 133-142.
- Martín Corrales, E. (2002) “Relaciones de España con el imperio otomano en los siglos XVIII y XIX”, en *Quadernos del Bósforo*, Vol I: 253-270.

Martínez Mesa, F. J. (2000) “Antisemitismo y reacción en la Francia de fines del siglo XIX: la obra de Edouard Drumont”, en *Revista de Estudios Políticos (nueva época)*, 110: 257-280.

Mc Geough, K. M. (2015) *The Ancient Near East in the Nineteenth Century. Appreciations and Appropriations. I. Claiming and Conquering*. Sheffield: Hebrew Bible Monographs 67, Sheffield Phoenix Press.

Mederos Martín, A. (2001) “Fenicios evanescentes: nacimiento, muerte y descubrimiento de los fenicios en la Península Ibérica I. (1780-1935)”, en *Saguntum. Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, 33: 37-48.

Mederos Martín, A. (2013) “Análisis de una decadencia. La arqueología española del siglo XIX (II). La crisis de la Restauración (1868-1885) XVIII y XIX”, en *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 39: 197-239.

Mélida Alinari, J. R. (1881) “La colección de antigüedades egipcias que se conserva en el Museo Arqueológico Nacional”, en *Revista de España*, 78: 93-105.

Mélida Alinari, J. R. (1882) *Sobre los vasos griegos, etruscos e italo-griegos del Museo Arqueológico Nacional*. Sucesores de Rivadeneyra, Madrid.

Mélida Alinari, J. R. y Costa, J. (1882a) “Una inscripción hebraica conmemorativa de la apertura del canal de Siloé”, en *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, VI: 105-106.

Mélida Alinari, J. R. y Costa, J. (1882b) “La escritura de los Ketas o Hittitas”, en *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, VI: 288-289.

Mélida Alinari, J. R. y Costa, J. (1882c) “Vestigios de la civilización caldea”, en *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, VI: 155.

Mélida Alinari, J. R. y Costa, J. (1882d) “Los archivos babilónicos”, en *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, VI: 155-156.

Mélida Alinari, J. R. y Costa, J. (1882e) “Antigüedades de Yecla”, en *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, VI: 215-216.

Mélida Alinari, J. R. (1885) “Historia de la careta”, en *La Ilustración Española y Americana*, V: 71-74.

Mélida Alinari, J. R. (1894) *Salomón, rey de Israel*, Biblioteca Ilustrada de Espasa y C^a editores, Barcelona.

Mélida Alinari, J. R. (1896a) “La bicha de Balazote”, en *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, (8-15 noviembre): 140-142.

Mélida Alinari, J. R. (1896b) “Los amuletos fenicios de Carmona”, en *Revista crítica de Historia y Literatura españolas, portuguesas e hispano-americanas*, 5: 18.

Mélida Alinari, J. R. (1897) *Historia del Arte Griego*, España Editorial, Madrid.

Mélida Alinari, J. R. (1899) “Ídolos ibéricos encontrados en la sierra de Úbeda, cerca de Linares (Jaén), pertenecientes al Excelentísimo Señor General Luis Ezpeleta”, en *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, (tercera época, 3 de febrero): 98-101.

Mélida Alinari, J. R. (1900) “El jinete ibérico”, en *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*, IX: 1-11.

Mélida Alinari, J. R. (1906) *Iberia Arqueológica ante-romana*, discurso de Mélida en la recepción pública de Real Academia de la Historia. Viuda e Hijos de Tello (Impresor de Cámara de S. M. y de la Real Academia de la Historia), Madrid.

Mélida Alinari, J. R.; Riaño, J. F.; Guillén Robles, F. y Rivero, C. M. del (1908) *Catálogo del Museo de Reproducciones Artísticas. Primera parte: arte oriental y griego*, Imprenta Viuda e Hijos de Tello (impresores de Cámara de S. M.), Madrid.

Mélida Alinari, J. R. (1915) *El arte antiguo y El Greco*, Hauser y Menet, Madrid.

Mélida Alinari, J. R. (1921) “Tesoro de Aliseda”, en *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*, (separata): 96-124.

Mélida Alinari, J. R. y Taracena, B. (1921) *Excavaciones de Numancia*, Memoria de Excavaciones de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, n.º 39, Madrid.

Mélida Alinari, J. R. (1926) “Tesoro de Aliseda”, en *Boletín de la Real Academia de la Historia*, LXXXIX: 5-7.

Mélida Alinari, J. R. (1928) “Der Schatz von Aliseda”, en *Jahrbuch des Deutschen Archäologischen Instituts*, 43: 497-510.

Meulenaere, H. de (2001) “L’Égypte ancienne dans la peinture du XIX siècle”, en *Supplementa ad Isimu Estudios Interdisciplinarios sobre Oriente Antiguo y Egipto*. Serie II. Vol I: 309-320.

Molinero, M. A. (2004) “El pozo y el péndulo. La actividad egiptológica de anticuarios y arqueólogos españoles, 1868-1966”, en A. Martín Flores y M.ª Victoria López Hérvas (coords.) *Espanoles en el Nilo (I). Misiones arqueológicas en Egipto*. Museo de San Isidro, Madrid: 15-62.

Moscoso García, F. (2017) “El siglo XVIII español y el estudio del árabe. El árabe dialectal en la Gramática del Padre Cañes”, en *Revista de estudios internacionales mediterráneos*, 22: 165-186.

Nieto Yusta, C. (inédito) “Del orientalismo a Oriente (I). Oriente en Occidente. Una historia de fascinación y dominación”. <https://www.academia.edu/11039377/>

Olmo Lete, G. del (2012) “Descubrimiento del Oriente Antiguo y su impacto cultural en Occidente”, en *Séptimo centenario de los estudios orientales en Salamanca*, Salamanca: 139-151.

Olmos, R. y Tortosa, T. (2012) “El orientalismo a través de los viajes y la escultura ibérica en el tránsito del siglo XIX al XX”, en *Horti Hesperidum*, II, 1: 245-277.

Pascual González, J. (2001) “Las jornadas en Siria y Palestina de Juan de Dios de la Rada y la expedición de la fragata de guerra ‘Arapiles’”, en *Supplementa ad Isimu Estudios Interdisciplinarios sobre Oriente Antiguo y Egipto*. Serie II. Vol I (2001): 31-50.

Pascual González, J. (2005) “Don Juan de Dios de la Rada y Delgado y los expedicionarios de la fragata de guerra ‘Arapiles’ en Tierra Santa”, en “*Arbor. Ciencia, pensamiento y cultura*”, 711-712: 805-824.

Pascual González, J. (2016) “Port Said y Alejandría a través de los expedicionarios de la fragata blindada Arapiles (septiembre de 1871)”, en *Isimu. Revista sobre Oriente Próximo y Egipto en la antigüedad*, 18-19: 321-348.

Pavón Soldevila, I.; Rodríguez Díaz, A. y Duque Espino, D. M. (2017) “El tesoro de Aliseda: de la historia oficial a la intrahistoria”, en Rodríguez Díaz, A.; Pavón Soldevila, I. y Duque Espino, D. M. C. (Eds.) *Historias de tesoros. Tesoros con Historia*: 241-275.

Peiró Martín, I. y Pasamar Alzuria, G. (1996) *Escuela Superior de Diplomática (los archiveros en la historiografía española contemporánea)*, ANABAD, Madrid.

Pérez, J. (2005) *Los judíos en España*, Marcial Pons, Madrid.

Pérez Díe, M. C. (2006) “Los museos y la formación de las colecciones españolas sobre Oriente Próximo Antiguo: la colección de Próximo Oriente antiguo en el Museo Arqueológico Nacional”, en Córdoba Zoilo, J. M. y Pérez Díe, M. C. (Eds.) *La aventura española en Oriente*

(1166-2006). *Viajeros, museos y estudiosos en la historia del redescubrimiento del Oriente Próximo Antiguo*. Catálogo de la exposición del Museo Arqueológico Nacional (1ª parte): 233-240.

F. Pouillon y J. C. Vatin (Eds.) (2015) *After orientalism: critical perspectives on western agency and eastern re-appropriations*. Brill, Leiden/Boston.

Prados Martínez, F. (2001) “Pasado, presente y futuro de las investigaciones sobre el mundo púnico: una revisión ante el nuevo milenio”, en *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 27: 63-78.

Rada y Delgado, J. de D. de la (1876-1878) *Viaje a Oriente de la fragata de guerra “Arapiles” de la comisión científica que llevó a su bordo (dos tomos)*. Emilio Oliver y Compañía Editores, Barcelona.

Reimond, G. (2010) “Des cercles académiques aux réseaux savants de la première moitié du XXe siècle. Stratégie, apport et devenir des réseaux d’archéologues en Espagne (1900-1936)”, en C. Bonnet, V. Krings & C. Valenti (dir.), *Connaître l’Antiquité. Individus, réseaux, stratégies du XVIIIe au XXIe siècle*, «Histoire», Presses Universitaires de Rennes: 231-262.

Rodríguez Díaz, A.; Pavón Soldevila, I. y Duque Espino, D. M. (2019) *El tesoro de Aliseda: cien años después. En el laberinto de sus historias*. Edicions Bellaterra, Barcelona.

Romero Recio, M. (2005) “La biblioteca de la Escuela Superior de Diplomática: la presencia de la Historia Antigua en la enseñanza del siglo XIX a través de sus fondos”, en *Gerión. Revista de Historia Antigua*, 23(1): 345-370.

Rubio de Miguel, I. (2001) “Las primeras investigaciones del Próximo Oriente y la formación del paradigma difusionista en la investigación prehistórica”, en *Supplementa ad Isimu Estudios Interdisciplinarios sobre Oriente Antiguo y Egipto*. Serie II. Vol I (2001): 81-96.

Said, E. W. (1978) *Orientalism*. Pantheon Books, New York.

Said, E. W. (2002) *Orientalismo* (primera edición 1978). Editorial de Bolsillo, Madrid.

Sánchez Adalid, J. (2008) “Novela histórica”, en *Tejuelo*, 1: 44-52.

Vercoutter, J. (1997) *Egipto, tras las huellas de los faraones*. Ediciones B, Barcelona.

Velasco de Castro, R. (2009) “Arabismo y colonialismo español: Pascual de Gayangos y la cuestión marroquí”, en *Norba. Revista de Historia*, 22: 245-262.

Vidal Palomino, J. (2010-2011) “Pere Bosch-Gimpera y los estudios de historia antigua del Próximo Oriente: maestros, influencias y carencias”, en *Faventia*, 32-33: 279-294.

Vidal Palomino, J. (2013a) “José Ramón Mélida y el Próximo Oriente Antiguo en España”, en *Pyrenae: revista de prehistòria i antiguitat de la Mediterrània Occidental*, vol. 44, 1: 157-171.

Vidal Palomino, J. (2013b) “La introducción de las teorías raciales en la arqueología española: Manuel de Assas y Ereño”, en *Complutum*, vol. 24, 1: 59-67.

Vidal Palomino, J. (2016) “L’orientalisme antic a Catalunya”, en *Afers: fulls de recerca i pensament*, vol. 31, 85: 605-630.

Vidal Palomino, J. (2017-2018) “Max-Luis Aldrey Pereira, pionero de la asiriología en España”, en *Isimu: Revista sobre Oriente Próximo y Egipto en la Antigüedad*, 20-21: 147-161.

Vidal Palomino, J. (2018) “Khirbet Arair, 1964. El origen de la arqueología bíblica en España”, en *Zephyrus*, LXXXI: 223-236.

VVAA (2001) *Tesoros de la Real Academia de la Historia*. Catálogo de la exposición. Real Academia / Patrimonio Nacional, Madrid.